

ROSARIO. DEPÓSITOS DEL PUERTO

mentadas con madera ó piedra; la iluminación eléctrica es abundante, y varias líneas de tranvías la cruzan de un extremo á otro. En los alrededores se están improvisando hermosos parques, y algunas avenidas tienen jardines. El intendente municipal es un joven de notable cultura, Don Edmundo de Rosas, que ha realizado varias excursiones por el viejo mundo, y procura implantar en su ciudad toda clase de mejoramientos, cuidando especialmente del ornato de las calles y la multiplicación de los jardines.

De todos los edificios públicos, el más notable históricamente es el antiguo Cabildo, construcción colonial, en la que se reunió el famoso Congreso convocado por Urquiza para discutir y votar la Constitución de 1853, que actualmente rige á la República. El palacio de la Municipalidad, edificio moderno, ofrece hermoso aspecto. El teatro Municipal costó cerca de un millón de francos: tiene cinco pisos, que pueden contener 1.800 personas, y todas sus dependencias son amplias y cómodas. De Santa Fé parten todas las vías férreas pertenecientes á la Compañía francesa de ferrocarriles de



ROSARIO. PALACIO DE JUSTICIA

la provincia. La dirección, los principales servicios y los talleres se hallan establecidos en la misma ciudad.

Á pesar de la vida moderna, todavía perduran en Santa Fé muchas costumbres del pasado en el seno de ciertas familias. Por las mañanas, cuando suenan los esquilones de iglesias y conventos llamando á misa, se ven en las calles mujeres cubiertas con largo manto negro, como es uso en Chile y otras naciones del Pacífico. Las hembras del pueblo, de grandes ojos y tez algo subida

de color, aman las telas de tonos llamativos y llevan bajo el manto faldas de color rosa, verdes ó azules, lo



SANTA FÉ. DEPARTAMENTO CENTRAL DE POLICÍA

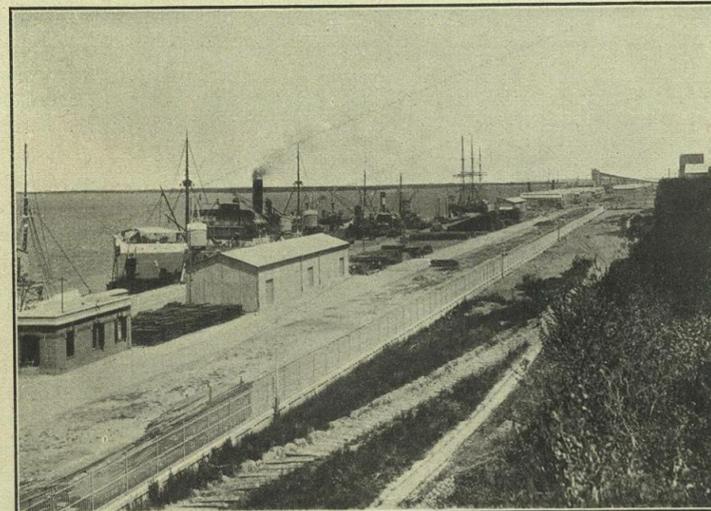
que las da aspecto de máscaras con disfraces vistosos, medio ocultos por un dominó negro.

En las casas antiguas, el patio continúa siendo el lugar de reunión de la familia y la sala de confianza donde se recibe á los amigos íntimos. Muchos de estos patios se conservan como en tiempos de la colonia, sin pavimento artificial, «de tierra pura — como dice un autor —; pero tan compacta con los siglos que lleva de servicio, que forma láminas, como si fuese cemento, y no hay polvo en su superficie». Á la caída de la tarde se toma el mate en estos patios bajo el ramaje de un naranjo ó los perfumados festones de un jazminero.

Entre Santa Fé y el Paraná libre han formado las grandes crecidas varias islas cubiertas de una vegetación arborescente y poco elevada. Estas islas no ofrecen seguridad para un establecimiento fijo, pues en las grandes crecidas, que ocurren cada ocho ó diez años, quedan bajo el nivel del agua. Tienen, sin embargo, sus habitantes: mestizos sobrios, que plantan su rancho en

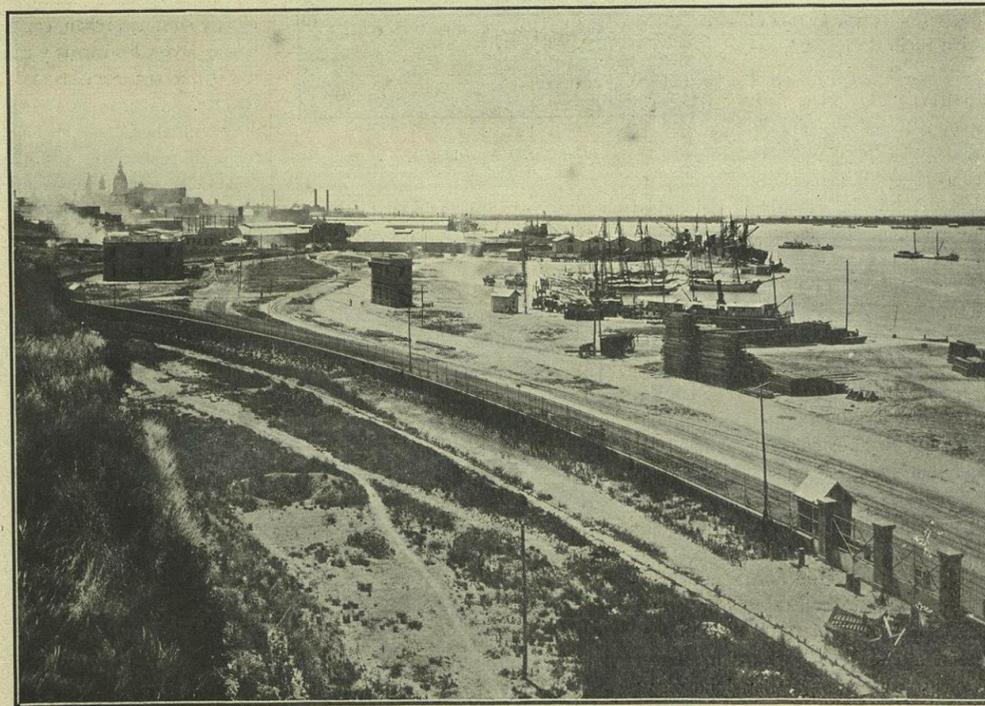
una de ellas y dejan pacer en libertad el escuálido rebaño.

Desde el vaporcito que navega por los tortuosos canales, se ven aparecer en ambas riberas perros de hirsuto pelo, que ladran furiosos; jóvenes *chinitas*, de faldas blancas ó rosadas, que contemplan con misteriosa fijeza el paso del buque, como un pedazo de civilización que viene á recordarlas en medio del desierto la existencia de las ciudades. Los canalizos, angostos, de agua amarillenta, ofrecen ante el vapor una tersura de espejo. Ábrense al impulso de la proa, y las ruedas de ambos costados levantan dos olas que, alejándose en ángulo, van á chocar con las orillas. Esta doble ola inunda la ribera, la barre y se aleja, dejando al descubierto por breves instantes una ancha faja de barro sumergido. Al alejarse el vapor, se extinguen poco á poco las violentas ondulaciones; bórranse las arrugas acuáticas; los perros cesan de ladrar, y desaparecen isla adentro; las *chinitas* se arrancan á su muda contemplación, al ser llama-



ROSARIO. VISTA DE UNA SECCIÓN DEL PUERTO

das desde el rancho; vuelve á restablecerse la tersura del canal, y se retratan en él, con la copa invertida, los sauces y los ceibos. Sus ramas se estremecen con misteriosos aleteos, trinos, piidos y reclamos chillones. La gran república emplumada de las islas, que calló un momento ante el mugido de la máquina y el batir de ruedas, vuelve [ahora á prorrumpir en incoherente



ROSARIO. LOS MUELLES Y LA CIUDAD EN EL FONDO



ROSARIO. PLAZA 25 DE MAYO

charla, como embriagada por el sol. Jilgueros y cardenales, carpinteros, morajúes, zorzales, pechos colorados y boyeros, cantan y aletean por encima de las pobres ovejas, roídas por la garrapata; de los hombres taciturnos sentados en la barranca, con los codos en las rodillas y la barba en las manos, pensando en que no piensan nada; del toro solitario que, hundidas las patas en el barro, avanza el hocico sucio de légamo, sacude el astado testuz para espantar las moscas que zumban junto á sus ojos vidriosos, y mira inquieto el recodo más próximo del canal, esperando la reaparición del monstruo que vomita humo, que barre las orillas con las ondulaciones de su paso, y á cuyas pitadas insolentes contesta él con bramidos de matón.

*
*
*

La ciudad de Rosario, que es hoy la segunda de la República, la fundó, en los últimos tiempos coloniales, Francisco Godoy, en 1725. Pasó muchos años sin dar señales de existencia, anonadada por su situación entre Buenos Aires y Santa Fé, que eran las dos grandes ciudades en el camino fluvial de la Argentina. Su importancia se inició en 1859, al declarar la el general Urquiza puerto de las once provincias confederadas. El hallarse Buenos Aires fuera de esta confederación y en lucha abierta con Urquiza, favoreció á Rosario en su primer desarrollo.

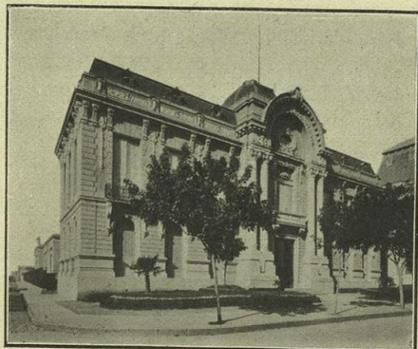
Ofrece la ventaja natural de que ocupa un sitio en el que el Paraná traza su mayor curva, avanzando más que en ningún otro punto hacia el interior del país. No podía fundarse para las provincias de tierra adentro un puerto más próximo y en mejor situación. Rosario es hoy escala obligada de todos los vapores que navegan el Paraná, y sostiene una comunicación directa con Europa por medio de los transatlánticos que remontan el río, llegando hasta ella. Además, es el centro de varios ferrocarriles que la ponen en contacto con Buenos Aires, Santa Fé y todas las provincias centrales.

Aparte de estas líneas, va á tener otra de gran importancia, construída por la «Compañía Francesa de Ferrocarriles», que la pondrá en contacto directo con Bahía Blanca y sus puertos atlánticos.

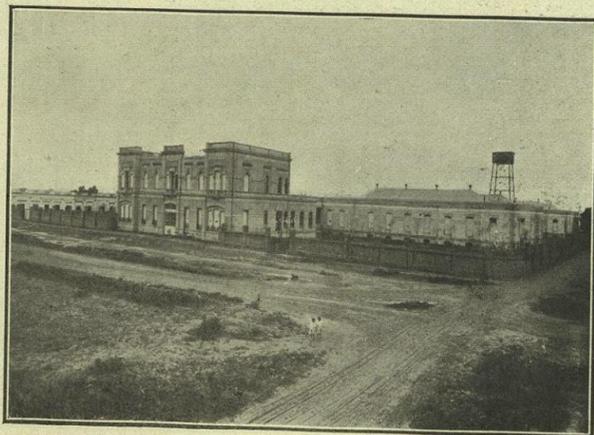
Vista desde el río, Rosario ofrece un espléndido

panorama. La ciudad bordea la orilla, con extensas líneas de edificios. Frente á ella extiéndese el bosque de mástiles de las embarcaciones ancladas en su puerto. El elevador de granos se alza como una catedral de acero sobre el bajo caserío de los muelles. Del puerto á la ciudad marchan y contramarchan, como hormigueros, los carros y carretas que arrastran las mercancías. Avanzan los trenes por los muelles, dejando montañas de sacos, que poco á poco desaparecen en las en-

trañas de los buques. La ciudad asoma su masa de edificios por las brechas abiertas en las barrancas, y encima de



ROSARIO. UN COLEGIO



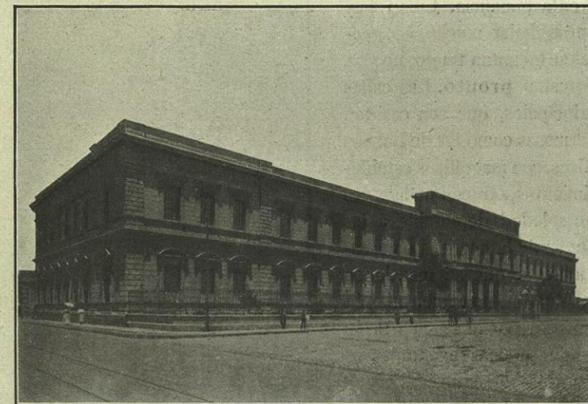
ROSARIO. EL HOSPITAL

este mar de techumbres arrojan humo las chimeneas de numerosas industrias. Sobre los caparzones de las viviendas, bajas y casi iguales, emergen soberbiamente las torres de las iglesias, las moles de los grandes teatros y los palacios de los vecinos ricos.

En Rosario no hay construcciones con más de sesenta años de existencia. Todo aparece nuevo en ella. Su gloria es el comercio; su ambición parecerse á Buenos Aires y superarla en cuanto sea posible. Hierde su orgullo el hecho de no ser políticamente más que una ciudad secundaria de provincia, sometida al gobierno de Santa Fé. Su deseo es lograr que la capitalidad se traslade de la vieja metrópoli colonial, con su tradición gloriosa de pueblo el más antiguo del Paraná, á la moderna Rosario. Por esto los partidos políticos de la provincia se hallan agrupados en dos Ligas: la del Norte y la del Sur; la de la capital presente y la de la ciudad que pretende serlo.

Los cinco ferrocarriles que convergen en Rosario aportan á ella millones de toneladas de trigo y otros cereales, maderas, cueros, azúcar; todos los productos de la provincia, que pasan á las bodegas de los transatlánticos para ser conducidos á los mercados del viejo mundo.

Rosario, con sus 180.000 habitantes, que hacen de ella la segunda metrópoli de la República, es tal vez la que contiene menos argentinos. Los extranjeros poseen las tiendas, las fábricas, los grandes almacenes de maquinaria, las casas de exportación, los hoteles. Los alemanes se han concentrado con una predilección especial en esta



ROSARIO. COLEGIO NORMAL



ROSARIO. LA ASISTENCIA PÚBLICA



ROSARIO. CALLE DE SAN LUIS, MERCADO CENTRAL

ciudad, así como los súbditos británicos; los franceses tienen en ella mayor representación, numérica y capitalista, que en el resto de la República; los italianos son muchos y la colonia española resulta igualmente considerable.

Se encuentran en Rosario hombres de todas las procedencias é idiomas... y alguno que otro hijo del país. La mayoría de los que ostentan con orgullo su nacionalidad de argentinos lo son de primera ó segunda mano, es decir, hijos ó nietos de extranjeritos establecidos en Rosario.

Puede describirse esta ciudad diciendo que es una copia de Buenos Aires, en proporciones más modestas. Su vecindario ha querido poseer todo lo bueno de la capital federal, y como es rico y laborioso cumple fácilmente sus deseos, aunque con la palidez que acompaña siempre á las imitaciones. Hay en Rosario un bonito parque con lago que recuerda al de Palermo; un Jokey-Club con Hipódromo; y en todos los establecimientos públicos, hoteles, *restaurants* y *cafés*, se nota la misma influencia de la capital federal. Los teatros son enormes, adivinándose en su construcción el deseo de reproducir el decorado de los más célebres de Buenos Aires, aunque superándolos en las proporciones. Estos teatros actúan con frecuencia, pues todas las compañías que van á Buenos Aires se trasladan luego á Rosario; pero casi siempre parecen vacíos, tal vez por no hallarse en armonía sus proporciones enormes con la cantidad de público.

Rosario es una ciudad de negocios y de dinero, y en ciudades de esta clase no se conoce arte más seductor que el de la

pronta ganancia. Como hay que trabajar mucho, las gentes se levantan temprano y se acuestan pronto. Las calles principales, que son casi tan hermosas como las de Buenos Aires, con magníficos establecimientos, ofrecen un aspecto de soledad deplorable á las nueve de la noche. Los escaparates, que se mantienen iluminados, no atraen ningún curioso, por la sencilla razón de que apenas hay transeuntes. Sólo en algunas encrucijadas, próximas á cafés y clubs, se nota cierta concurrencia. En cambio, durante el día, las calles centrales y las que dan al puerto resultan estrechas para la gran circulación de peatones y vehículos. En torno de los Bancos es grande el movimiento de las gentes de negocios que van y vienen afanosas. Estos Bancos realizan cuantiosas operaciones. Los hay de varias nacionalidades, y todos los de Buenos Aires tienen aquí su sucursal.

Una población tan atareada no puede dedicarse á la lectura. Por esto las librerías de Rosario no ofrecen el aspecto múltiple en sus géneros que caracteriza á las de Buenos Aires. En cambio, los diarios, lectura necesaria, por los datos que ofrecen para los negocios, gozan de una gran prosperidad. Se publican periódicos en alemán, en inglés y en otros idiomas. Los diarios escritos en español son muchos, y algunos de ellos, por su fama, su número de páginas y sus servicios de información, casi igualan á los de Buenos Aires. El diario más antiguo de Rosario, titulado *La Capital*, es el decano de toda la Prensa argentina, pues comenzó á publicarse dos años antes que *La Prensa* y *La Nación*.

La gran riqueza de la ciudad se nota en los edificios y en las costumbres. Las construcciones son ostentosas, y la vida resulta tan cara como en Buenos Aires, sin duda por la abundancia con que circula el dinero. Hay en Rosario varios hospitales, ampliamente instalados, y sostenidos algunos de ellos por las colonias extranjeras. Los establecimientos de enseñanza ocupan hermosos edificios.



ROSARIO. PALACIO DE LA MUNICIPALIDAD

La Escuela Normal de Maestras es un verdadero palacio.

En resumen: la ciudad de Rosario no ofrece otro interés para el viajero que el de la prosperidad de sus negocios, si es que los negocios ajenos pueden interesar á alguien más que al que los realiza y goza de sus resultados. La población es agradable, pero sin nada original. Sus habitantes ricos se hallan demasiado preocupados con sus negocios y encastillados en sus empresas para pensar algo nuevo. Un reducido grupo de aficionados á las letras y á la música que viven en esta ciudad, vegetan moralmente, como náufragos refugiados en un islote, en medio de un mar infinito, sin una vela que traiga una esperanza. No es esta una población para refinamientos

intelectuales, pues en ella sólo encuentran ambiente favorable los positivos derroches de la actividad comercial. Pero hay que reconocer que aun así resulta notable la historia de Rosario; simple toldería, fundada por Godoy en 1725; pobre aldea en los tiempos de la Independencia; ciudad únicamente á partir de 1852, y ahora segunda capital de la República Argentina por su población y su comercio.

Al Norte de Rosario, á una distancia de 25 kilómetros, está la pequeña ciudad de San Lorenzo, lugar de romerías patrióticas, por un monasterio inmediato al río, que sirvió de cuartel al general San Martín en el famoso combate de 1813 con las fuerzas de desembarco de la flotilla realista.

* * *

El puerto de Colastiné, situado á 16 kilómetros de la ciudad de Santa Fé, pone á ésta en contacto con el Paraná libre y los buques de alto tonelaje. Este puerto es doble: en el de Colastiné Sur se embarcan los cereales y en el Colastiné Norte las maderas.

De los varios distritos en que se halla dividida la provincia, el más interesante es el llamado «Las Colonias», lugar donde preferentemente se ha establecido la inmigración. Ya dijimos que la primera colonia, fundada



PUERTO DE COLASTINÉ. SACOS DE TRIGO EN EL MUELLE.

en 1856, fué *La Esperanza*. Luego se crearon otras, como San Jerónimo, San Carlos, Helvecia, Cayastá y California, que hoy son pueblos ricos y de gran vecindario. Á los primitivos colonizadores, de origen suizo-alemán, se unieron otros europeos, y su cruzamiento con los naturales del país ha producido una hermosa raza, fuerte, animosa y trabajadora.

Contemplando hoy las colonias hábilmente cultivadas; las poblaciones, atractivas y limpias, con su vecindario, que después de las horas de trabajo goza de regalos que no conocen la mayoría de los habitantes de las ciudades, parece imposible que en estas mismas tierras, hace cuarenta años, el hombre cazase al hombre para poder vivir en seguridad, y los campos estuviesen casi abandonados por la influencia aisladora del miedo.

Los hijos de los suizos-alemanes nacidos en este país han conservado el vigor de su raza, reemplazando al mismo tiempo la flemma paternal con el atrevimiento belicoso del argentino. Mancebos de blanca encarnadura y ojos azules, que hablaban el lenguaje de los criollos, salían á cazar indios cuando éstos rondaban por cerca de las colonias, esperando la oportunidad de sorprender descuidado al agricultor para asesinarlo. Al volver de su expedición estos cazadores helvético-argentinos, traían en una carreta las piezas cobradas: media docena de cadáveres cobrizos. Gracias á esta lu-

cha sin piedad, repetida en todos los lugares fronterizos con el indio, pudo afirmarse la agricultura y ser dueña la República de todo su territorio.

La fertilidad uniforme del suelo de Santa Fé y la bondad de su clima han permitido la constitución de los nuevos pueblos que hoy florecen en esta provincia; pueblos sin historia y casi sin carácter propio, pero que disfrutan el bienestar de la abundancia. Las mejores poblaciones son las primitivas colonias de San Javier, Helvecia y Esperanza; Alberdi, situada en las inmediaciones de Rosario; Coronda, sobre un brazo del Paraná que lleva este mismo nombre; Cañada de Gómez, Carcarañá, Villa Constitución, Iriondo y Gálvez.

La provincia de Santa Fé se ha distinguido siempre en lo malo como en lo bueno, figurando á la vanguardia

de todas las empresas nocivas ó beneficiosas. En el largo período de caos y despotismo, que equivale á la Edad Media en la historia de la República, ayudó á retardar la constitución definitiva del país, siendo el principal centro del caudillaje y el apoyo más firme de Rosas. Cuando se realizó la organización nacional, votándose en su Cabildo el código político de la República, púsose también en primera fila, pero fué para trabajar en sentido progresivo, alcanzando su opulencia presente sin apoyo ajeno, por el esfuerzo de sus inagotables energías, orientadas hacia el bien.



ROSARIO. BANCO MUNICIPAL

ENTRE RÍOS

El gran geógrafo Martín de Moussy llamó «Mesopotamia argentina» á la parte de la República que se halla entre los ríos Paraná y Uruguay.

El Norte de esta Mesopotamia es la provincia de Corrientes, y el Sur la de Entre Ríos, en cuyo vértice se juntan las dos vías caudalosas del Paraná y el Uruguay, formando el río de la Plata. Su costa del Este enfrenta con la República Oriental y la del Oeste con Santa Fé y Buenos Aires. Ninguna de las provincias argentinas se halla tan próxima á la capital federal como Entre Ríos.

Si Santa Fé es la segunda provincia en riqueza agrícola, Entre Ríos es la segunda en importancia ganadera y aventaja á la de Buenos Aires por las condiciones privilegiadas del clima y el suelo.

La capa de tierra vegetal alcanza en ella de 80 centímetros á 2 metros y medio de espesor. Su superficie total es de 75.331 kilómetros cuadrados; pero los 1.270 kilómetros de su costa le permiten tener más puertos que ninguna otra provincia argentina. Su población asciende á 400.000 almas, cantidad que no se halla en armonía con los preciosos recursos que ofrece el suelo. Teniendo en cuenta los dones naturales que posee esta provincia, y que permiten con desahogo una densidad de población de las más grandes, puede afirmarse que Entre Ríos sustentará algún día millones de seres.

La población se ha desarrollado con cierta lentitud, á causa de las guerras civiles, que fueron en ella más crueles y persistentes que en ningún otro país argentino. El carácter belicoso del antiguo entrerriano, su afi-